

Dos visiones complementarias sobre la memoria histórica

Manuel Revuelta González

La reciente ley sobre la memoria histórica ha suscitado algunas polémicas por el sesgo político que pueden encerrar algunas interpretaciones o aplicaciones de la misma. A setenta años de distancia la historia de la república y de la guerra civil nos sigue interpelando y sus secuelas reavivan a veces las divisiones del pasado. En el campo historiográfico las interpretaciones sesgadas de aquellos sucesos, especialmente de las represiones efectuadas en los dos bandos, agudizan la impresión de que se siguen manteniendo dos memorias históricas contradictorias.

En todo caso, hay que distinguir los hechos de las interpretaciones. Éstas pueden ser discutibles. Pero aquéllos son realidades que no deben olvidarse, por dolorosas que sean, pues forman parte de nuestra historia. Los desmanes cometidos en uno y otro bando requieren estudios objetivos y documentados, que ayuden a la reflexión serena.

La historia debe hacerse siempre, y más cuando trata de víctimas, sin maniqueísmos ni partidismos. Afortunadamente la historia escrita desde los archivos y documentos, sin concesiones a las ideologías, ha ido desmantelando ya muchos de los mitos con que la falsearon tanto los republicanos como los nacionales.

Presentamos aquí dos obras recientemente publicadas que se

centran, fundamentalmente, en la represión política cometida en cada uno de los dos bandos. El libro coordinado por Pablo García Colmenares concentra su objetivo en Castilla y León, que, al estar dominada desde el principio por los nacionales, fue la región donde predominó la represión contra los representantes de las izquierdas¹. El libro de Vicente Cárcel Ortí se fija sobre todo en una represión cualificada, la persecución religiosa, que se desencadenó en las zonas dominadas por la República².

Estos dos libros, aunque no disimulan sus simpatías por las víctimas a las que dedican sus páginas, no ignoran la tragedia de las víctimas del otro lado, por lo que creemos que ambas obras deben considerarse complementarias, y no contradictorias.

Represión franquista y postguerra en Castilla y León

El libro coordinado por Pablo García Colmenares recoge nueve tra-

bajos realizados por un equipo de investigación de la Universidad de Valladolid. Las dos primeras colaboraciones se centran en la represión en Castilla y León durante la guerra civil. Las restantes se ocupan de varios aspectos de la postguerra en la misma región.

El profesor García Colmenares, especialista en historia socioeconómica, es presidente de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica de Palencia y lleva años investigando sobre la represión franquista, de la que ha publicado meritorios estudios. El capítulo que ofrece bajo el título de *Guerra civil y represión franquista (1936-1945). Una laguna historiográfica pendiente*, marca la pauta del conjunto del libro. Sobre la base de una bibliografía muy completa y de sus propias investigaciones, el autor explica el desarrollo de la represión en cada una de las provincias castellanoleonesas, partiendo de los antecedentes de la guerra en los años de la República. La conflictividad laboral y los disturbios callejeros produjeron entonces una alarma social que sirvió de pretexto a los sublevados para ejercitar una represalia implacable contra las autoridades leales a la República, y contra todos los que se habían señalado por sus ideas izquierdistas o estaban implicados en las formaciones obreristas. El miedo y la

¹ PABLO GARCÍA COLMENARES (Coord.), *Historia y Memoria de la Guerra Civil y Primer Franquismo en Castilla y León*, Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, Valladolid, 2007, 272 pp.

² VICENTE CÁRCEL ORTÍ, *Caídos, víctimas y mártires. La Iglesia y la hecatombe de 1936*, Espasa-Calpe, 2008, 519 pp.

Dos visiones complementarias sobre la memoria...

venganza provocaron escenas terribles. El caso de Baltanás (Palencia), con 58 vecinos asesinados, 41 de ellos sin juicio previo, se repitió en otras localidades grandes de la región (pp. 32-36). Los asesinatos, paseos y sacas se realizaron en todas las provincias, a cargo principalmente de algunos derechistas y falangistas de segunda fila, que no estaban en el frente.

Sostiene el autor que la rebelión contra la República no estaba justificada, y que la represión contra sus partidarios no fue una reacción visceral e incontrolable, sino una acción planificada en las primeras semanas y meses en connivencia con las autoridades. El autor se muestra severo con la Iglesia a la que acusa de inhibición ante aquellos abusos. Habría que matizar esta acusación, y tener en cuenta que, en aquellas terribles circunstancias, las exhortaciones personales de los sacerdotes resultaban más eficaces que unas condenas públicas de muy dudoso éxito. Las aportaciones de Vicente Cárcel en el libro que reseñamos a continuación nos ofrecen numerosos ejemplos de las acciones (y también omisiones) de los sacerdotes en este asunto.

El autor describe también otras formas de represión (cárceles, trabajos forzados, etc.) y corrige, a la alza,

las cifras de las víctimas. En la zona sublevada de Castilla y León, Salas Larrazábal calcula 6.562 víctimas, que Martín Rubio eleva a 6.727, pero, según los cálculos de las revisiones, esas cifras deberían

*la memoria histórica,
manipulada con fines
políticos, se convierte así
en instrumento de poder;
sobre estas bases el autor
hace sus aplicaciones a la
España de la guerra,
de la postguerra y de la
transición, construyendo
un discurso en el que no
disimula sus afinidades
políticas*

elevarse a más de 13.000. La aportación de García Colmenares tiene el mérito de aducir datos, nombres y lugares para desvelar una historia hasta hace poco relegada a las tinieblas.

El trabajo del psicólogo social Anastasio Ovejero Bernal, *Psicosociología de la memoria y el olvido en la guerra civil*, comienza explicando la importancia del lenguaje, la memoria y el olvido en el adoctrina-

namiento político. Vencedores y vencidos han aplicado estos factores a su ideología y a sus intereses políticos. La memoria histórica, manipulada con fines políticos, se convierte así en instrumento de poder. Sobre estas bases el autor hace sus aplicaciones a la España de la guerra, de la postguerra y de la transición, construyendo un discurso en el que no disimula sus afinidades políticas.

No sólo ataca duramente la «memoria» impuesta por los vencedores en su régimen de terror, sino que critica también a la transición por confundir la amnistía con la amnesia, la reconciliación con el olvido, el silencio con el consenso.

Fustiga, además, sobre todo las últimas corrientes históricas «revisionistas», de quienes han intentado reivindicar la memoria del franquismo y rectificar la memoria de los vencidos. Los historiadores que sostienen esta postura son criticados con dureza por minimizar la represión ejercida por los sublevados y por exagerar la actitud pacificadora del clero. Ovejero convierte el perspicaz análisis psicológico de la primera parte de su artículo en una defensa doctrinal a ultranza de la memoria de los vencidos sin concesiones a otras opiniones.

Los siete artículos que completan el libro ofrecen un precioso muestrario de la postguerra y el primer franquismo, que, según el coordinador, son las etapas más negras y difíciles para la sociedad española en la larga noche de la dictadura (p. 10). Sin embargo, en aquellos años subsiste un pueblo sufrido, que en medio de la dureza del momento, ofrecía ejemplos de tenacidad y trabajo. Algunos artículos se detienen más en la descripción de las instituciones que sostenían el régimen (administración local, Frente de Juventudes, Sindicatos); otros ponen el acento en aspectos costumbristas. Merece destacarse el uso que se hace de la historia oral, arrancada de los labios de gentes del pueblo, los escritos personales de carácter privado y las fotografías que ilustran algunos trabajos. Los autores y temas son los siguientes:

Domingo García Ramos, *Las instituciones locales. Reflejo del Nuevo Estado*. Es un recorrido por los gobiernos civiles, ayuntamientos y diputaciones, instituciones ajustadas a una legislación que apenas alteró el control estatal, asegurado por un sistema electoral restringido. Son muy significativos los cuadros de alcaldes y concejales en 1948, y de diputados en 1949, distribuidos por provincias, con

referencias a su edad, filiación política y profesión.

María Jesús Dueñas Cepeda, *Adoctrinamiento educativo para una sociedad patriarcal*. Se ocupa este artículo de un tema tan sugestivo como la educación, marcada por los principios del nacionalcatolicismo. Además de los datos sobre el magisterio de la escuela primaria y del alumnado, se ofrecen detalles muy concretos de la vida escolar tomados del diario de la maestra de Pesquera de Duero, Ángela Benito. La autora describe la educación sexista del momento, orientada a la maternidad y el hogar. La vida de muchas mujeres transcurría en casa al servicio de la familia, con muy pocas distracciones, aunque, según el testimonio de una de ellas, lo pasaban bien.

Pedro Ortega Aparicio, *Una mirada sobre el Frente de Juventudes*. La importancia de la organización juvenil fue grande, pues era la única permitida durante unos veinte años. El artículo expone los objetivos e ideales que se pretendían conseguir en la formación de los jóvenes. El espacio ideal para la forja de su personalidad eran los campamentos con sus símbolos y rituales, que se describen con el apoyo de numerosas fotografías.

María Concepción Marcos del Olmo, *Recuerdos del franquismo en la memoria del campo castellano*. Esta colaboración es un modelo de los muchos conocimientos que se pueden obtener de las fuentes orales. Manuel, Florentino o Leonor nos cuentan desde un pueblo vallisoletano sus recuerdos, los años de miseria de la postguerra, el racionamiento, el hambre, las malas cosechas, el caciquismo de los ricos; un claroscuro que no llevaba necesariamente a la oposición al régimen, pues —como resume la autora— cada uno, a su manera, acaba identificando a Franco con casi cuarenta años de tranquilidad y sosiego (p. 175).

Pablo García Colmenares, *Fracaso del Sindicalismo vertical (1936-1958)*. Con la profesionalidad de costumbre, el autor analiza el desarrollo del sindicato vertical, que absorbió el sindicalismo cristiano e impuso el intervencionismo estatal en las relaciones laborales. Pese a su estructura monolítica, el sindicato pasó por distintas fases, dirigidas sucesivamente por Gerardo Salvador Merino y José Antonio Girón, que representaban el nacionalsindicalismo popular y el verticalismo. Resultan de especial interés los datos sobre las Hermandades de labradores en Castilla y León, los cuadros sobre las actividades de las inspecciones

provinciales de trabajo, y las opiniones obtenidas de entrevistas con antiguos dirigentes sindicales. El autor señala el fracaso del sistema y su crisis a partir de la ley de convenios colectivos de 1958, que

*en aquellos tiempos recios
el pueblo no perdió la
memoria de un pasado
dramático, pero se esforzaba
por vivir un presente difícil
con el deseo de arribar a un
futuro mejorado; esta es la
impresión que se saca tras
la lectura de este libro
que habla de cosas gratas
e ingratas, que hace pensar
y da pie a la discusión*

permitió la filtración de organizaciones obreras clandestinas de clase en el sindicato oficial.

José María Gago González, *Comerciantes y abastecimiento de la población*. La escasez de trabajos como éste los hace más estimables, pues nos ofrecen un cuadro económico, técnico y costumbrista al mismo tiempo, para el que se han utilizado también fuentes orales. Es la

historia del consumo en tiempos de escasez, oprimidos por las imposiciones legales y la vigilancia de los temidos inspectores. Bajo las cartillas de racionamiento (que duran hasta 1952), se movía el mundo subterráneo del estraperlo, los fraudes y los sucedáneos. El abastecimiento de los productos, las tiendas pequeñas con artículos de todo (los ultramarinos), el servicio ambulante, los fielatos, la ropa reutilizada y los mendigos de puerta en puerta. Estampas de lucha por la vida, en un tiempo en que la población rural estaba mejor abastecida que las ciudades.

Cristina Gómez Cuesta, *La vida cotidiana en una ciudad de postguerra*. En la misma línea costumbrista del artículo anterior, se nos habla en éste de una vida cotidiana en la que se daba cauce a la fiesta, la evasión, la religiosidad, la diversión y otros aliviaderos de la vida. «Sobrevivir en la postguerra se convirtió en objetivo principal para muchas familias castellanas» (p. 256). La afirmación no es exagerada. Faltaba de todo; productos esenciales como el azúcar, el aceite, el jabón o las lentejas. Los precios subían y había problemas de vivienda y de sanidad. Sin embargo, la gente sabía divertirse con las fiestas, la radio y el cine, que era «el refugio de ocio por excelencia». Y es que, como dice la autora en la frase que

cierra el libro: «la población buscaba su distracción al margen de imposiciones oficiales, sin extravagancias ni ostentaciones, buscando en lo cotidiano y “lo normal” el mejor de los antídotos» (p. 272).

Como siempre, la España real se mantenía viva y activa bajo la España oficial. En aquellos tiempos recios el pueblo no perdió la memoria de un pasado dramático, pero se esforzaba por vivir un presente difícil con el deseo de arribar a un futuro mejorado. Esta es la impresión que se saca tras la lectura de este libro que habla de cosas gratas e ingratas, que hace pensar y da pie a la discusión. Un libro cuya lectura no deja indiferente.

La represión religiosa

Vicente Cárcel Ortí nos ofrece en el libro que presentamos el fruto de sus investigaciones históricas en un estilo de alta divulgación, juntando la amenidad de la exposición con la solidez documental que le es habitual. El autor ha tratado anteriormente del mismo tema en libros como *La gran persecución. España 1931-1936*³. Sin embar-

go, el libro que ahora reseñamos constituye una novedad por el nuevo planteamiento de la materia, por las abundantes y sustanciosas adiciones que lo enriquecen, por la documentación vaticana del pontificado de Pío XI, accesible a los investigadores desde septiembre de 2006, y por las circunstancias del momento en que se ha escrito.

El libro se compone de tres elementos: la introducción, el cuerpo de la obra y los apéndices.

La introducción tiene un carácter orientador y conclusivo. El autor pondera la importancia de la ingente documentación vaticana para el conocimiento de los sucesos y sus circunstancias. Para esclarecer conceptos explica, desde el principio, el concepto de mártires de la fe, que es distinto de los caídos en los campos de batalla, de los civiles muertos a consecuencia del conflicto y de las víctimas de la represión política en uno u otro campo.

En la introducción se adelantan ya algunas de las principales conclusiones: la complejidad de la persecución; su arranque desde 1931 por el laicismo agresivo de la república y el ensayo de la revolución proletaria de Asturias de 1934; la magnitud de la persecución durante la

³ Planeta, Madrid, 2000, y *La persecución religiosa en España durante la Segunda República (1931-1936)*, Rialp, Madrid, 1990.

guerra civil, la mayor de la historia de la Iglesia; la concentración de la mayor parte de estos asesinatos en los primeros meses de la guerra, antes de la carta colectiva de los obispos (julio de 1937), cuya beligerancia a favor de los nacionales se explica por las circunstancias del momento; la exhortación de la Iglesia al perdón y reconciliación, aunque careció de fuerza para desvin-

además de utilizar una bibliografía completa y actualizada, Cárcel obtiene informaciones preciosas de las memorias y relatos de los personajes que fueron protagonistas cualificados de los sucesos; figuras políticas, escritores y publicistas, y eclesiásticos

cularse abiertamente de la política de represión del régimen franquista. Estas y otras afirmaciones se documentan detalladamente en el curso del libro.

El contenido de la obra abarca cuatro grandes partes. Cada una de ellas puede considerarse como una monografía, aunque todas es-

tán perfectamente relacionadas entre sí. La primera parte explica el contexto histórico de la República y la Guerra Civil (1931-1939). La segunda parte se ocupa de las víctimas ilustres de las dos represiones, a lo largo de siete capítulos en los que se habla de víctimas individuales y colectivas como el cardenal Segura, el obispo Mújica, los jesuitas, los estudiantes católicos, el cardenal Vidal y Barraquer, los sacerdotes vascos acusados de nacionalismo y el cardenal Gomá. La tercera parte trata de la acción de la Iglesia contra la represión de los nacionales, en tres capítulos dedicados a la actividad del Papa y la Santa Sede, a las intervenciones a favor de condenados a muerte y prisioneros, y a la acción del obispo Olaechea en defensa de los detenidos políticos.

La cuarta parte, memoria histórica católica, consta de dos largos capítulos, el primero dedicado a la persecución religiosa en general, y el segundo a los mártires de la fe cristiana. Las partes más novedosas son la segunda y la tercera, pues se ocupan de asuntos menos conocidos, al plantear, en primer lugar, las dos represiones contra elementos de la Iglesia (incluyendo, por tanto, la que se realiza en la zona nacional contra los sacerdotes vascos), y en segundo lugar, las actitudes de oposición

por parte de la Iglesia contra la represión de los nacionales. En el primer caso aparece la politización de la religión desde el bando franquista; en el segundo se matiza la acusación a la Iglesia de pasividad y silencio ante la represión franquista.

La gran obra historiográfica de Vicente Cárcel se distingue por su conocimiento de la riquísima documentación del Archivo Secreto Vaticano, de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos extraordinarios y de la Nunciatura de Madrid. Esta documentación vaticana se completa con las fuentes impresas del *Arxiu Vidal i Barraquer* (edición de Batllori y Arbeloa) y del *Archivo Gomá* (edición de Andrés-Gallego y Pazos). Además de utilizar una bibliografía completa y actualizada, Cárcel obtiene informaciones preciosas de las memorias y relatos de los personajes que fueron protagonistas cualificados de los sucesos; figuras políticas como Azaña, Alcalá-Zamora, Gil Robles, Manuel de Irujo, Miguel Maura, Portela Valladares o Fernando de los Ríos; escritores y publicistas como Sánchez Albornoz, Madariaga, Ortega, Marañón o Ángel Herrera; y entre los eclesiásticos, los nuncios Ragonesi, Tedeschini y Antoniutti, el secretario de estado Pacelli, los cardenales Vidal, Segura y Gomá, los obispos Múgica, Olaechea, y el

entonces sacerdote Tarancón, cuyas *Confesiones* son un testimonio de sensatez y humanidad. Las frases de éstos y otros personajes coetáneos encabezan, a modo de título, los 121 epígrafes del libro, que ayudan a comprender el argumento general.

El libro se cierra con unos apéndices valiosos para los investigadores. Las notas, breves y exactas, se colocan al final para no distraer al lector. Las fuentes del Archivo Secreto Vaticano se designan con su correspondiente signatura, proporcionando una buena guía para la consulta. Siguen los datos útiles de la cronología, bibliografía esencial comentada e índice onomástico.

La densidad informativa de la obra haría interminable un comentario detallado. Apuntamos solamente algunas cosas que más nos han llamado la atención.

El resumen de la historia política y religiosa de 1931 a 1939 se enriquece mucho con las interpretaciones del nuncio Tedeschini, que actuó con transigencia y entereza, aunque algunos le acusaron sin fundamento de no defender a la Iglesia con la debida energía. La revolución de octubre de 1934 y la violencia desatada durante el gobierno del Frente Popular se des-

criben con trazos seguros en documentos coetáneos como la carta del cardenal Vidal (8-10-34) o el despacho del embajador italiano Pedrazzi (18-7-1936).

Las víctimas ilustres de las dos represiones —como reza el título de la segunda parte— se han escogido con acierto. Se combinan cuatro personajes ilustres y bien conocidos (los cardenales Segura, Vidal y Gomá, y el obispo Mújica), con tres instituciones o grupos católicos (los jesuitas, los estudiantes católicos y el clero vasco nacionalista). En el caso de los personajes, la paradoja está en que los presuntos derechistas, Segura y Gomá, chocan con el gobierno de Franco; mientras los vetados por el gobierno nacional, Mújica y Vidal, sufrieron también la persecución de los republicanos (expulsión del primero y prisión del segundo).

En cuanto a los grupos o corporaciones se ponen dos ejemplos de represión republicana: los jesuitas y los estudiantes católicos, y uno de represión franquista: los católicos vascos, especialmente los sacerdotes. El ejemplo clásico de una represión de carácter religioso en la zona nacional es el realizado contra el clero nacionalista vasco; perseguido no por su carácter sacerdotal, sino por su mili-

tancia política. El tema se aborda con objetividad, con testimonios procedentes de los dos campos y datos sobre los juicios sumarísimos y las ejecuciones de algunos sacerdotes vascos condenados a muerte. Hubo represiones «religiosas» en los dos bandos, pero no se puede comparar el sentido y la violencia de la represión bajo ese calificativo en cada una de las zonas.

El tercer capítulo incide en la polémica sobre la actitud de la Iglesia en la represión de los nacionales contra los republicanos. ¿Fue la Iglesia insensible y muda ante los excesos de los nacionales? El autor habla de la crueldad y magnitud de las dos represiones y sostiene que los ejecutores no fueron tan incontrolados como se ha dicho, tanto en un bando como en el otro. En realidad, la violencia desbocada en los primeros meses sólo quedó controlada en parte, pues los tribunales militares en la zona nacional actuaban de forma sumarísima, mientras los tribunales populares en la zona republicana actuaban de forma arbitraria con criterios revolucionarios. Las intervenciones de la Iglesia para frenar la represión fueron numerosas, y se pueden resumir en la frase de Tarancón: «hubo muchos eclesiásticos que de hecho impidieron muchas violencias» (p. 268).

Dos visiones complementarias sobre la memoria...

En el libro se detallan muchas de aquellas intervenciones, que demuestran que no hubo inacción ni insensibilidad, aunque se reconoce que hubo excesiva prudencia y faltó una condena oficial por parte de la jerarquía eclesiástica. El autor nos recuerda que, ante un poder totalitario, la Iglesia no suele exasperar al dictador para no agravar la situación. «Con todo —añade—, la falta de denuncia pública de la represión desencadenada por los nacionales por parte de los mismos obispos que habían denunciado la persecución religiosa de los “rojos” es un hecho históricamente innegable» (p. 274).

En la obra se aducen numerosas intervenciones eclesiásticas para cortar la represión por una doble vía: la particular y la diplomática. Fueron muchas las intervenciones de sacerdotes a nivel particular, denunciando abusos, abogando por la supresión de las penas, intercediendo a favor de condenados o ejercitando la asistencia y el alivio de las víctimas. Las protestas del P. Huidobro, que llegó a escribir al mismo Franco, o los relatos sobrecogedores del P. Gumerindo de Estella, que asistía a los condenados a muerte en Zaragoza, son ejemplos admirables, pero no excepcionales. Casi todos los comunistas se confesaban antes de

morir, según Antoniutti, y entre los jóvenes vascos estaban «lo mejor de los pueblos y villas de aquí», como escribió el P. Vilariño (p. 332).

La última parte del libro es impresionante y estremecedora. El autor comienza asentando sus principales conclusiones sobre la persecución en general, a la que presenta

*la lectura de estos libros
es muy recomendable;
se ofrecen en ellos
informaciones bien
documentadas, avaladas
con textos coetáneos que
nos acercan al momento
de los sucesos; no se oculta
la realidad histórica,
ni se disimulan las
situaciones desagradables
ni los relatos fuertes*

como un plan preconcebido, que surge desde el comienzo de la guerra, antes de que la Iglesia se hubiera manifestado. Explica las fases de la persecución, su magnitud (unos 10.000 mártires), su carácter anticristiano y su violencia

contra las personas y los símbolos. Una violencia claramente denunciada en el memorando del ministro Manuel de Irujo (9-1-1937) y en el informe del embajador francés Labonne (16-2-1938). La carta colectiva de los obispos se explica entonces como reacción ante la hecatombe, aunque, leída ahora, contiene las deficiencias que se señalan. El libro concluye con una memoria de los mártires de la fe. El autor ha escogido las historias más dramáticas y emotivas: unos 60 martirios inferidos con inusitada crueldad, varios casos de mujeres y seglares sacrificados por su condición de cristianos, y la muerte de doce obispos, el último de ellos fray Anselmo Polanco.

La narración está bien contada, y suscita un interés *in crescendo*, a tono con el argumento de la obra. Los juicios y comentarios del autor mantienen unas ideas claras, pero expuestas siempre con criterio imparcial y ponderado.

La lectura de estos dos libros de García Colmenares y Cárcel Ortí es muy recomendable por las razones que se han indicado. Se ofrecen en ellos informaciones bien documentadas, avaladas con textos coetáneos que nos acercan al momento de los sucesos. No se oculta la realidad histórica, ni se disimulan las situaciones desagradables ni los relatos fuertes.

Se trata, a nuestro juicio, de dos libros complementarios, que enfocan, desde distintas perspectivas, el mismo tiempo histórico, desvelando las dos caras de una España dividida. Es conveniente cruzar las informaciones y comparar las distintas memorias históricas, no para refugiarse a la defensiva en una de ellas, sino para completar la una con la otra en un deseo de mejor comprensión. Libros así deben leerse no para imponer una memoria excluyente, sino para conocer la historia tal como fue, a fin de que no vuelva a repetirse nunca más. ■